

Spanish Sermon for Presentation of Our Lord  
St. Luke/San Lucas 2 February 2025  
Malachi 3:1-4; Hebrews 2:14-18; Luke 2:22-40

Ahora despides, Señor, a tu siervo,

Conforme a tu palabra, en paz.

Porque mis ojos han visto a tu Salvador

A quien has presentado ante todos los pueblos:

Luz para alumbrar a las naciones

Y gloria de tu pueblo Israel.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Este poema, conocido como el Nunc Dimittis, está basado en el pasaje del Evangelio de hoy, tomado de las palabras que proclamó el justo Simeón cuando sostuvo al niño Jesús en el templo. Son uno de los cánticos de nuestro Libro de Oración Común, y quienes participen en el oficio diario probablemente estén familiarizados con ellos, ya que aparecen regularmente en nuestras Oraciones Matutina y Vespertina, y en nuestro Oficio de Completas. Se los han proclamado y cantado, predicado y rezado durante siglos. Y he reflexionado sobre estas palabras durante las últimas semanas, porque, hablando con franqueza, necesito ver esta luz, necesito la seguridad de esta salvación. Estoy buscando lo que Simeón recibió, lo que a él y a nosotros se nos ha prometido: la paz.

Y hoy celebramos la Presentación de Nuestro Señor, cuando María y José llevaron a Jesús al templo para bendecirlo. Y también celebramos el día de la bendición de las velas, la Candelaria, el día en el que damos gracias por la Luz, la sabiduría y el conocimiento que Dios, a través de Jesús, trajo al mundo, una Luz, una salvación, para que todo el mundo la vea. Una Luz que trae sabiduría, entendimiento, para iluminar a todas las naciones. Y, al mirar el mundo que nos rodea hoy, ciertamente nos vendría bien un poco de esa luz, un poco de ese conocimiento y entendimiento, un poco de esa iluminación, para guiarnos a través de estos tiempos difíciles, estos días oscuros.

Creo que todos sabemos lo que se supone que debemos hacer. Después de todo, Jesús fue muy claro en sus enseñanzas. Se supone que debemos cuidar a los pobres, alimentar a los hambrientos, consolar a los moribundos. Se supone que debemos mostrar compasión, misericordia, debemos perdonar. Se supone que debemos acoger al extranjero, amar a nuestro prójimo. Amarnos unos a otros. Amar a Dios.

Se supone que debemos desechar el miedo, tener fe, vivir en la fe, dar un paso adelante con fe, tener una confianza suprema y absoluta en que, cuando hagamos lo que Dios nos ha llamado a hacer, estaremos en paz. Dios nos ha prometido eso.

Y, sin embargo, somos humanos y tenemos dudas y miedos. A veces, aunque podemos ver la luz y el círculo de luz que la rodea, a veces nos encontramos fuera de la luz, en las

sombras, mirando hacia dentro, incapaces de dar el último paso para salir de la oscuridad reconfortante.

En los últimos días, mis diversos canales han estado repletos de comentarios. Primero, estuvieron las reacciones al sermón de la obispa Budde en la Catedral Nacional. Muchos amigos y antiguos colegas de diversos países y tradiciones religiosas han escrito, comentando su valentía, su aplomo, su capacidad para decir la verdad frente al poder. Hubo una serie de mensajes de complacencia de episcopalianos: “Miren, esto es lo que somos: acogedores, llenos de gracia, valientes”. Para muchos de nosotros, esta fue una verdadera experiencia cumbre, un momento en el que vimos a Dios obrando en el mundo, en el que escuchamos a un profeta para nuestro tiempo.

Al mismo tiempo, ha habido otras voces, voces de preocupación. Y no me refiero aquí a los insultos y las críticas descaradas de quienes se han opuesto al mensaje del obispo Budde, sino más bien a los cristianos practicantes y fieles, incluidos los episcopalianos, que dicen que tal vez no era el momento de provocar al oso. Aquellos que están preocupados por las consecuencias, la seguridad del obispo Budde, de la Iglesia Episcopal, de quienes acuden a nosotros para los servicios.

Y el viernes, recibimos un mensaje de la oficina nacional de la Iglesia Episcopal en el que nos informaban que, debido al corte de los fondos federales para los programas de refugiados y migración, el Ministerio Episcopal de Migración ha informado a 22 empleados

que sus trabajos terminarán el 14 de febrero. Que recibirán un paquete de indemnización y servicios de recolocación, y que el Ministerio Episcopal de Migración pondrá fin a esos programas. La carta dice que estamos de luto por la pérdida de este ministerio de reasentamiento de refugiados. Sí, continúa diciendo que seguimos apoyando a los migrantes. Pero no les brindaremos servicios de la misma manera.

Ahora, con la pérdida repentina y total de fondos, hay que tomar decisiones difíciles y estoy seguro de que hay personas muy dedicadas que tomaron estas medidas con espíritu de oración. Dicho esto, para muchos de nosotros, este es un momento de debilidad, un alejamiento en un momento en el que las necesidades son tan grandes.

Y mientras pensaba en estos dos acontecimientos, uno tan emocionante y el otro tan desgarrador, mis pensamientos se dirigieron a Pedro. Creo que una de las razones por las que siempre me han gustado las historias bíblicas de Pedro es que es tan humano.

¿Recuerdas cuando estaba en la barca en el lago y vio a Jesús caminando sobre el agua hacia ellos? ¡Y Pedro se emocionó tanto, estaba tan lleno de fe, que simplemente saltó de la barca y comenzó a correr por el agua hacia Jesús! Pero, ¿qué pasó entonces? Miró a su alrededor, se dio cuenta de que el agua era muy, muy profunda, que estaba muy, muy lejos de la orilla, y todas esas dudas, todo ese miedo, comenzaron a filtrarse, y Pedro comenzó a hundirse. Y lo que pasó después fue que Jesús extendió su mano, sacó a Pedro. Jesús lo sacó y lo ayudó a subir a la barca.

Ahora bien, uno pensaría que, después de eso, Pedro estaría lleno de fe, que nunca más dudaría. Pero nosotros los humanos no funcionamos así. Después del arresto de Jesús, cuando Pedro estaba afuera, de pie junto al fuego, y fue interrogado, ¿no eres tú de Galilea? ¿No eres tú uno de los muchachos que estaban con Jesús? Pedro lo negó. No sé de qué estás hablando. Nunca conocí a ese tipo. En ese momento, frente a amenazas muy reales, Pedro se derrumbó. El miedo se apoderó de él.

Y uno pensaría que, después de dos fracasos particularmente públicos y grandes, Jesús le habría dicho a Pedro: “Gracias por tu servicio”, pero no creo que estés hecho para esto. Tal vez deberías ir a casa e intentar pescar de nuevo. Pero Jesús no lo hizo. Sabemos que Pedro estaba entre aquellos a quienes Jesús se apareció después de la resurrección. Que Jesús continuó amando, animando, corrigiendo y guiando, pero también sosteniendo a Pedro.

Pedro se convirtió en miembro fundador de la nueva iglesia en Jerusalén. Pedro habló en Pentecostés. Pedro probablemente todavía tuvo momentos de duda y temor, pero Pedro creció en su fe. Y Pedro finalmente dio su vida por sus creencias. Jesús no se dio por vencido con Pedro cuando tenía miedo, cuando le faltaba fe. Jesús lo corrigió, lo animó y lo amó.

En este momento, estamos pasando por muchas cosas. Hay desafíos en el mundo que nos rodea, con muchos cambios que se nos vienen encima rápidamente y todos estamos

tratando de encontrar la manera de responder. Aquí en St. Luke/San Lucas, estamos entrando en una nueva etapa en nuestra vida como iglesia, con un nuevo sacerdote a cargo y la tarea de trazar un nuevo plan estratégico, de determinar quiénes y qué vamos a ser y hacer durante los próximos años. Y sé que muchos de nosotros estamos enfrentando desafíos en nuestras propias vidas, vivienda, trabajos, dinero, salud, familia.

Puede resultar abrumador y el mundo puede parecer muy oscuro. Y, tanto individual como colectivamente, nos enfrentaremos una y otra vez a la pregunta: ¿Seremos Pedro, saltando de la barca y corriendo por el agua, o seremos Pedro, hundiéndonos en las profundidades? ¿Seremos Pedro, presa del pánico, o Pedro, extendiendo su mano hacia Jesús, siendo rescatado y puesto a salvo una vez más? ¿vamos a volver a caer en el miedo o vamos a avanzar con fe? ¿Vamos a permanecer en la oscuridad o vamos a avanzar hacia la luz?

Lo que quiero que todos nos llevemos de aquí hoy es esto: podemos ser valientes.

Podemos estar llenos de dudas. Podemos dar un paso adelante. Podemos contenernos.

De todos modos, no estamos solos mientras atravesamos estos desafíos. Nuestra comunidad está aquí. Nuestra iglesia está aquí. Y, sobre todo, nuestro Dios está aquí.

Amándonos, animándonos, recogiéndonos cuando caemos, porque todos caemos, y dándonos esa paz que nos fue prometida. Amén.